

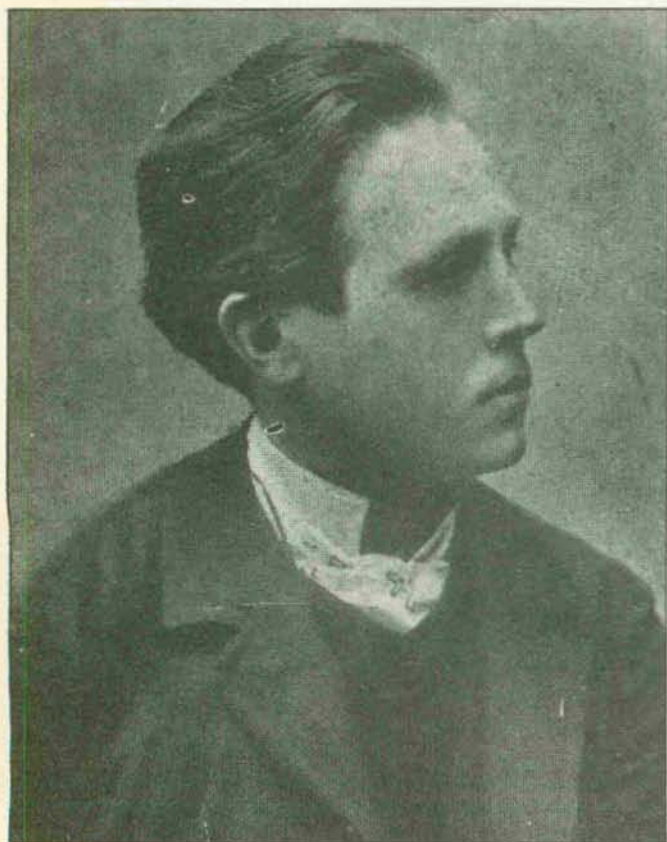
La crisis del 98

LA evolución de los hombres del 98, desde posturas de claro compromiso a favor de la lucha de clases y del movimiento obrero a posiciones de diferente e incluso opuesto signo, ha hecho que muchos autores tachen su voluntad reformadora de mera «fiebre revolucionaria juvenil, material para la creación literaria».

Contra esta interpretación de las contradicciones ideológicas de los noventayochistas —lo que se ha llamado «Crisis del 98»—, el trabajo de E. Inman Fox (1) penetra en el transfondo de los casos particulares de Unamuno, Azorín, Baroja y Maeztu, para llegar a explicarlos en función de la crisis de identidad que sufre la clase española —a la que todos estos escritores pertenecen— en los albores del siglo.

El libro de Inman Fox, hispanista norteamericano cuya producción bibliográfica conocida

(1) «La crisis intelectual del 98». Editorial Cuadernos para el Diálogo. Madrid, 1976.



Entre el Azorín anarquista, reportero de las huelgas andaluzas y radicalmente opuesto a la propiedad y el matrimonio (época a la que pertenece esta foto de 1902), y el Azorín declinante que escribe con admiración sobre El Escorial y Aurora Bautista, existe una evolución producida por un gran cansancio, por una «lucha estéril».



Ramiro de Maeztu —aquí retratado por Vázquez Díaz— acabará convertido en irracionalista defensor de la disciplina y la jerarquía natural, en ideólogo «recuperable» para el fascismo triunfante años más tarde.

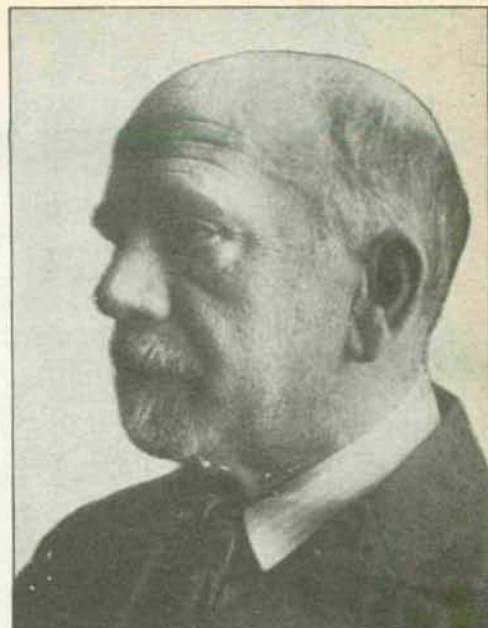
en España se dedica al pensamiento y literatura de los siglos XIX y XX, recoge una serie de ensayos publicados por el autor entre 1962 y 1970 y algunos todavía inéditos, basados en la investigación de un material desconocido hasta fecha reciente: centenares de artículos que los cuatro escritores mencionados publicaron en el periodo 1895-1905 en diversas revistas y periódicos de la época.

El descubrimiento de este nuevo material de estudio —hallazgo que se debe a los profesores Blanco Aguinaga, Pérez de la Dehesa y el propio Inman Fox— ha permitido alumbrar una nueva visión de la Generación del 98, que incluye la revalorización del pensamiento juvenil de los noventayochistas al margen del desánimo, escepticismo o cansancio que posteriormente los venciera.

Para entender la postura sociopolítica de los jóvenes intelectuales del 98, Inman Fox parte de un replanteamiento del «problema de España», cuestión tradicionalmente entendida como una oposición bipolar: liberales/conservadores, burgueses/proletarios o aristo-



El trayecto de Unamuno (a la izquierda, en sus años jóvenes) desde un socialismo «limpio y puro» hasta un socialismo sacralizado, le aproxima finalmente a cierto reformismo utópico y metafísico. Por su parte, Pío Baroja (derecha) mantiene un eclecticismo humanitarista pequeñoburgués, al tiempo que añade una nueva dimensión social a la literatura española.



cracia y clero/librepensadores. Para Inman Fox, la realidad es mucho más compleja: a partir de la «revolución» del 68 la clase media se divide en tres sectores, que define como una pequeña burguesía de izquierdas, la de pequeños comerciantes e industriales partidarios del librecambismo, y una alta burguesía (proteccionista) políticamente aliada a la nobleza y terratenientes. A medida que avanza el proceso de industrialización y se asienta el capitalismo, gran parte de esta clase media escindida va a verse amenazada por una irreversible proletarización. Esto hace que muchos escritores e intelectuales, por su origen social «a caballo» entre el proletariado y la clase dominante, propugnen la reforma del orden social y la necesidad de la lucha de clases para una distribución más justa de la riqueza. Pero, en este contexto, el conflicto y la contradicción son ineludibles para estos hombres en la medida en que se sienten ligados a una serie de valores, costumbres y tradiciones de clase que, en razón de los principios que se defienden, saben destinada a desaparecer.

La dificultad de sostener la batalla en el frente obrero desde una atalaya intelectual socavará los ánimos más entusiastas. Tal es el caso de José Martínez Ruiz, Azorín. Entre el anarquista furibundo, reportero de las huelgas andaluzas, expulsado de «El País» por sus radicales opiniones sobre la propiedad y el matrimonio, y el Azorín declinante que escribe con admiración sobre El Escorial y Aurora Bautista, media un gran cansancio por lo que él mismo llamó, ya en el 97, «esta lucha estéril» contra la potencia socio-política.

Menos espectacular, pero igualmente reveladora, es la evolución de Maeztu, cuyos esfuer-

zos para apoyar el movimiento obrero sucumbirán ante su ferviente individualismo y el pesimismo de fondo, caracteres ambos que lo convertirían en el irracionalista defensor de la disciplina y la jerarquía natural, en ideólogo «recuperable» para el fascismo triunfante años más tarde.

Más complejo, si cabe, resulta el trayecto de Unamuno desde el socialismo «limpio y puro» de sus artículos para «*La lucha de clases*» (1894-96) a la vaga concepción de un socialismo sacralizado que advierte Blanco Aguinaga en sus escritos a partir del 97, en los que se trasluce su preocupación por los problemas espirituales del ser humano, preocupación que va a aproximarle a cierto reformismo utópico y metafísico.

En cuanto al inefable, «extrarreligioso» Don Pío —el más novelista de su generación—, vamos a encontrarle, a través de su obra, en perpetua vacilación entre la necesidad de reformar las estructuras socio-económicas y la resignación que impone su visión pesimista de la condición humana.

Frente a las opiniones taxativas que le ofrece la época —fascismo o comunismo—, Baroja opta por una sentimentalidad anacrónica: al mismo tiempo que añade una nueva dimensión social a la literatura española, mantiene un eclecticismo humanitarista que es, por encima de todo, el de un pequeñoburgués.

En síntesis, Inman Fox explica la crisis de los jóvenes intelectuales del 98 como «la polarización de dos fuerzas en conflicto que se puede expresar de varias maneras: acción contra pensamiento, pasión contra razón, vivir contra leer, tiempo contra eternidad, Europa contra España». ■ BEL CARRASCO.